



# **DONDE ME SIENTO VIVO**

Los ochomiles de  
**JUAN PABLO MOHR**

Este libro no podrá ser reproducido,  
ni total ni parcialmente, sin el previo  
permiso escrito del editor. Todos los  
derechos reservados.

© 2024, Matías Rivas Aylwin  
Derechos exclusivos de edición:  
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.  
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,  
Providencia, Santiago de Chile

Edición del texto: Bárbara Tupper  
Foto de portada: Moeses Fiamoncini  
Diseño: Catalina Chung Astudillo

1ª edición: junio de 2024

RPI: 2024-A-3698  
ISBN: 978-956-408-560-9

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

MATÍAS RIVAS AYLWIN

# DONDE ME SIENTO VIVO

Los ochomiles de  
**JUAN PABLO MOHR**

 Planeta



# Cerro El Plomo y los catorce ochomiles



**Everest** 8.848 m s. n. m.

**K2** 8.611 m s. n. m.

**Kangchenjunga** 8.586 m s. n. m.

**Lhotse** 8.516 m s. n. m.

**Makalu** 8.485 m s. n. m.

**Cho Oyu** 8.188 m s. n. m.

**Dhaulagiri I** 8.167 m s. n. m.

**Manaslu** 8.163 m s. n. m.

**Nanga Parbat** 8.126 m s. n. m.

**Annapurna I** 8.091 m s. n. m.

**Gasherbrum I** 8.080 m s. n. m.

**Broad Peak** 8.051 m s. n. m.

**Gasherbrum II** 8.035 m s. n. m.

**Shishapangma** 8.027 m s. n. m.

**El Plomo** 5.425 m s. n. m.



*Puede que el K2 deba su origen a la casualidad, pero es un nombre en sí mismo, y uno de sorprendente originalidad. Sibilino, mágico, con un ligero toque de fantasía. Un nombre corto pero que es puro y perentorio, tan cargado de evocación que amenaza con romper su desolado discurso silábico. Y al mismo tiempo un nombre con instinto de misterio y sugerencia: un nombre que desguaza raza, religión, historia y pasado. Ningún país lo reclama, ninguna latitud y longitud y geografía, ningún diccionario. No, solo los huesos desnudos de un nombre, todo roca, hielo y tormenta y abismo. No intenta sonar humano. Son átomos y estrellas.*

Fosco Maraini, *Karakórum: El ascenso al Gasherbrum IV*





## La última oportunidad

*Un sueño recurrente que he tenido durante años en el que estoy luchando por mi vida en una tormenta en una subida interminable cuando me encuentro con una puerta en la ladera de la montaña. La puerta conduce a una cálida habitación con chimenea, mesas con comida humeante y una cómoda cama. Generalmente, en este sueño, la puerta está cerrada con llave.*

Jon Krakauer, *Eiger Dreams*.

Con un tono de inquietud poco frecuente en él, Juan Pablo Mohr, treinta y tres años, pregunta:

—¿Qué quieres hacer?

Tamara Lunger, treinta y cuatro años, aún no dice nada. Está sentada, descansando, pero no hay tiempo para pausas. Cada minuto es crucial.

—¿Qué quieres hacer? —irrumpe nuevamente subiendo el volumen de su voz, esperando una respuesta rápida y directa.

—No lo sé —responde ella—. Quizás podríamos dormir acá.

Están en el vértice de una ladera vertical, sobre un montón de piedras que sirven para armar campamento. Las carpas parecen levitar sobre un mar de hielo. Nada se ve firme. Al borde de un acantilado, aferrados a una diminuta y frágil superficie, pretenden pasar la noche.

Dormir en el primer campamento tiene un costo. Si no siguen, se esfuma la posibilidad de armar un cuarto campamento mucho más arriba, a 7.900 metros de altura, esencial para acortar la distancia a la cumbre y volver a la carpa antes de que el clima empeore. ¿Se les cruzan por la mente las consecuencias o confían en que recuperarán el tiempo perdido?

Aún es de día, aún hay tiempo. Debe ser difícil para Mohr sacrificar ambas, pero se ve dispuesto. A Tamara le sorprende. No es común que un escalador acepte atrasar el itinerario de un ascenso, menos en una montaña de más de ocho mil metros que obliga a desembolsar decenas de miles de dólares solo por el privilegio de estar ahí. Pero es un alivio que esté dispuesto. Un alivio inesperado que la reconforta.

Otras cuarenta personas, en su mayoría escaladores profesionales, están en la montaña, aunque ella y él no ven ni escuchan a nadie. A seis mil metros de altura, en el lugar más elevado que encuentran, una suerte de nido de cóndor que tambalea en el aire, arman la carpa con la idea de acortar, aunque sea un poco, el ascenso del día siguiente.

—Nunca me esperas —suelta Tamara con un tono de broma que busca amortiguar el reclamo. Mohr no está de acuerdo:

—Te esperé hoy, no me gusta esperar a nadie... pero por la princesa puedo esperar.

Han aprendido a lidiar con la adversidad a través del humor, aunque no sea el lugar más idóneo para reír ni relajarse. Sus colchonetas, vitales para protegerse del frío del suelo hecho de hielo, están rotas, la salud de Tamara debilitada y la ventana de tiempo para hacer cumbre, incierta, aunque el pronóstico indica que el buen tiempo se mantendría hasta el 4 y quizás el 5 de febrero.

Mientras graba con su celular un breve registro, Tamara dice:

—Es duro para mí, no estoy recuperada, pero esperemos a que mañana me sienta mejor.

—Sí, sí... recemos, porque ella camina como una tortuga —agrega Mohr.

Amanece. Es 3 de febrero de 2020, otro día normal en el K2 invernal, con  $-60\text{ }^{\circ}\text{C}$ , ráfagas de viento capaces de levantar a un ser humano, cuerdas fijas enterradas bajo gruesas capas de nieve y avalanchas de rocas de cien kilómetros por hora que días atrás destrozaron el casco de un escalador sherpa.

En otro rincón del K2, alejados de Mohr y Lunger, el escalador Atanas Skatov dice:

—Tengo un mal presentimiento.

Sus palabras interpretan a otros que también ven lejana la posibilidad de hacer cumbre en la segunda montaña más alta del mundo, en la cordillera del Karakórum, en Pakistán. Antonios Sykaris, otro escalador, trata de animar a Skatov y le dice escuetamente, tal vez sin convicción, que esté tranquilo, que todo saldrá bien. Pero una idea ha comenzado a consolidarse en la cabeza de Atanas Skatov: que el K2 es la montaña en la que morirá.

Mohr y Tamara Lunger escalan en dirección al llamado tercer campamento japonés, ubicado a 7.300 metros de altura, bastante por debajo del tercer campamento, que, de acuerdo con el cronograma, deben alcanzar hoy. Decenas de montañistas —la mayoría miembros de la expedición comercial de la agencia nepalesa Seven Summit Treks, especialista en ascensos de alta montaña— se encaraman lentamente por la misma ruta, una empinada rampa de hielo que se precipita vertical hacia el vacío y que, para ojos de una persona común y corriente, parece vedada al ser humano.

Mohr es el único montañista sudamericano de la expedición y uno de los tres que suben sin oxígeno suplementario. Eso lo eleva a un estatus superior. Se siente fuerte. Preparado. Seguro. Atrás han quedado dos semanas de encierro en el campo base a la espera de una ventana de buen tiempo; atrás esos días tediosos, inútiles y desgastantes. Ahora, después de treinta y siete días de expedición, la montaña se ha vuelto a abrir y todos pretenden aprovechar la oportunidad.

“La última oportunidad”, según han insistido desde la agencia.

Tamara lo ve trepar una inclinada y rígida pendiente de hielo pasando uno tras otro a los sherpas, que, a diferencia de él, suben con tanques de oxígeno. Ahí van, a su lado, ventajosos escaladores de elite con varios ochomiles en sus bolsillos.

Mohr consigue subir a la par, lo que llama la atención de otros montañistas, que saben que una botella de oxígeno no solo mantiene el cuerpo más caliente, sino que también resta al menos mil metros de altura a la montaña, al aumentar la cantidad de oxígeno que entra el organismo.

“Nunca había visto nada igual”, diría tiempo después el montañista norteamericano Colin O’Brady al recordar el ascenso de Mohr.

Más abajo, incapaz de seguir su ritmo, Tamara vive otra historia. Está sola. No puede sentir los dedos de los pies. Vomita compulsivamente. No tiene apetito. Está exhausta de aguantar el ritmo de su compañero, algo que en la escalada se busca evitar porque, al verse exigida a igualar un ritmo que no es el suyo, las probabilidades de sufrir un accidente aumentan.

Por fuera, la experimentada escaladora italiana se ve liquidada, lista para dar vuelta atrás y volver a Italia con su familia; pero, por dentro, una fuerza que ella califica de espiritual la motiva a seguir en la montaña de sus sueños, a pesar de que ya comienza a aceptar que esta vez no llegará a la cumbre.

Al frente asoma la primera defensa fuerte del K2, un acantilado de veinticuatro metros de altura apodado Casa de Chimney en honor al primer alpinista que logró escalarlo en 1938, hazaña que tomó dos horas y media de esfuerzo. La ruta cruza una hendidura entre rocas de color plomo que se precipitan verticales, envueltas en hielo y enredadas por viejas cuerdas abandonadas por otras expediciones. La concentración, especialmente en este lugar, debe ser absoluta. Emplazado a 6.500 metros de altura, el paso de rocas exige mucha fuerza de brazos para impulsarse hacia arriba, coordinación para clavar las puntas de los crampones en el hielo, y frialdad para guardar la calma ante el vértigo que provoca mirar hacia abajo y contemplar el vacío.

Mohr y Tamara entierran las puntas de sus crampones en el hielo, acto desgastante. Cada uno a su ritmo, sortean el obstáculo sin contratiempos.

Mientras tanto, el rugido de las avalanchas de nieve que caen desde el Broad Peak —otra montaña de ocho mil metros distante a ocho kilómetros del K2— agrega más dramatismo al ascenso. El miedo —miedo a resbalar, miedo a ser impactado por una roca, a morir de frío, a ser aplastado por un bloque de hielo, a caer al abismo, a agotar las reservas de energía— se siente en las miradas y en las voces de quienes, por razones personales y a veces imposibles de comprender, han decidido quedarse en la montaña para hacer un intento más.

Las cuerdas enterradas bajo nieve aumentan la tensión. Generalmente, los escaladores se unen a cuerdas fijas previamente instaladas para facilitar y permitir el ascenso; usan un jumar, dispositivo metálico que se desliza cómodamente por la cuerda y que se frena automáticamente ante una caída. Si no fueran asegurados, cualquier resbalón podría significar una caída de miles de metros.

Y el K2 no perdona ese tipo de error.

Mohr llega al tercer campamento japonés, una estrecha terraza con una pendiente razonable que permite instalar una carpa. El ascenso de un ochomil tiene lógica de guerra: si la montaña no está sitiada, es decir, si los respectivos campamentos no están armados, la cumbre está fuera de alcance. Rápidamente, ingresan a la tienda, una de dos metros de largo y uno de ancho —suficiente para que entren dos personas—, que los mantendrá vivos durante la noche. En montañas de más de ocho mil metros, la carpa es lo más cercano a un seguro de vida, un refugio donde descansar, tomar agua, comer y aislarse lo más posible del frío y el viento.

La rapidez en el K2 es todo. Un instante en la intemperie aumenta el riesgo de que los dedos se congelen, algo que, al no ser tratado, puede conducir a una amputación. En estas

circunstancias el cuerpo humano debe moverse sin parar, de lo contrario no produce calor y se ve expuesto a un frío despiadado que quema los pulmones, o a la caída sorpresiva de rocas que, como proyectiles, rebotan en el hielo y amenazan con golpearlos o aplastarlos.

Se acerca la noche, el frío desnudo. Los pies de Mohr se han enfriado más de la cuenta, algo que lo ha complicado en otras expediciones. Se lo ha advertido a su cordada. Una vez armada la carpa —en un espacio tan reducido que sería imposible instalar otra—, posiciona la colchoneta en el piso de modo que su cuerpo no toque el hielo, pero, en un descuido, no alcanza a tomarla y la colchoneta se desliza hacia afuera y la ve precipitarse ladera abajo.

—Otra noche más durmiendo en el hielo —se lamenta Tamara.

A las nueve de la noche, Mohr recibe en su comunicador satelital un mensaje de texto que ha viajado más de dieciséis mil kilómetros para llegar a sus manos. Desde Chile, su manager y primo Federico Scheuch, treinta y un años, ingeniero comercial, el hombre de confianza de su expedición y lo que se podría entender como el segundo a bordo, quiere saber cómo se sienten. En Santiago es mediodía y un sol abrasador cubre la ciudad. Es un verano extraño, de calles vacías, gente encerrada y una pandemia desgastante.

Hasta ahora, ni un diario, radio o canal de televisión ha publicado una noticia sobre el primer chileno que desafía al K2 sin oxígeno embotellado y en invierno, la temporada más cruel. Tal vez el recuerdo de que otro equipo nacional alcanzó la cumbre en verano, pero con oxígeno embotellado, en 1996, opaca la repetición del ascenso de Mohr, porque los periodistas tienden a saber poco de montañismo y eso del “invierno” y que sea sin oxígeno no es, probablemente, nada impresionante.

Pero los que entienden de montañismo saben que hacer el K2 invernal sería una hazaña histórica.

Federico resiente que Mohr no reciba la atención que merece. Después de todo, se trataría de su sexta cumbre de ocho mil metros, algo que ningún chileno ha logrado hasta la fecha. A cargo de supervisar el avance del ascenso, Federico se enfrenta a una tarea compleja, ya que Pakistán está ocho horas por delante de Chile, lo que significa que la noche de descanso de Santiago se desarrolla durante la intensa mañana de escalada del K2. Ayer dejó su cabaña al fondo de un hermoso villorrio cordillerano en el Cajón del Maipo para instalarse en la ciudad y asegurarse de no tener problemas de conexión a internet. Menos ahora, en los días decisivos.

A simple vista, Federico, un hombre de ideas positivas que inyecta ánimo a todo lo que toca, no está más preocupado que de costumbre. Sabe que Tamara se ha sentido mal desde hace días y que Mohr, en cierta forma, está conectado a esa debilidad, pero le tranquiliza pensar que si ella sigue débil, va a abortar el ascenso para no perjudicar las probabilidades de éxito ni la seguridad del equipo.

“Cuántas veces ha vomitado Tamara”, le escribe a su primo. “Cuatro veces”, contesta Mohr a las ocho y cuarto de la tarde, ya de noche, mientras se prepara para dormir. Le pregunta si están solos. “Sí, solos, la Tamara ha vomitado, no se siente muy bien”, escribe en otro mensaje, a la misma hora. Federico siente alivio. La confianza que siempre ha tenido en la capacidad física de su primo se refuerza; esas respuestas cortas y precisas, casi incompletas, reafirman que todo está bien y que no hay necesidad de preguntar más.

Esta noche, Federico dormirá tranquilo, confiando plenamente en el criterio y en la fuerza de su primo.

Adentro de la carpa, mientras afuera el frío se endurece, Mohr y Tamara amontonan chaquetas, guantes, gorros, lo que sirva para crear una barrera que los separe del hielo y los mantenga vivos por la noche. El único registro visual de esas horas a siete mil metros de altura es una fotografía de Tamara donde



aparecen ambos apretujados dentro de sus sacos de dormir, cubiertos por una ligera capa de hielo, mientras desde afuera la nieve empuja las delicadas paredes de la carpa hacia adentro, dando la impresión de que una fuerza caprichosa busca achicar aún más el diminuto espacio que los separa de la muerte. A simple vista, parecen bultos que han caído en una grieta y que claman desde la oscuridad. Tamara, inclinada hacia Mohr, alza con su mano izquierda la cámara y capta sus ojos semicerrados y azulosos, así como la parte superior de su nariz y las mejillas quemadas por el sol. A Mohr, tendido boca arriba, lo tapa su saco de dormir. Es una oruga que duerme y siente demasiado frío para asomarse.

Tamara no lo dice, pero está al borde de la desesperación. No es solo el dolor físico, el frío, la incomodidad; necesita orinar, justo ahora —piensa ella— que está encajonada en dos metros cuadrados y no se puede ni estirar ni levantar ni tener un poco de privacidad. A su lado, irónicamente, Mohr duerme, se recupera e ignora por completo lo que le está pasando. Ella piensa: “Solo basta que él diga buenas noches y se queda dormido”. Acto seguido, decide salir de su saco, quitarse el *downsuit* —equivalente a un traje de astronauta diseñado para resistir condiciones climáticas extremadamente adversas— y busca la lata de papas fritas Pringles de Mohr, la misma que hace poco devoraba con la ansiedad de un niño. Con el cilindro de cartón alargado en la mano, se concentra en orinar, pero su nerviosismo le juega en contra.

—¡Por Dios, esto no es posible! —se queja sin que nadie la escuche.

Trata de nuevo y de nuevo, pero el pipí cae fuera de la botella y se esparce por el piso de la carpa. “¿Por qué necesito hacer pipí? ¿Por qué soy una mujer?”, se pregunta a punto de estallar en llanto.

La noche avanza. El viento golpea a latigazos la carpa, amenaza con atravesarla y arrancarla de su sitio. El frío —factor

común en las montañas de mayor altura— se transforma en terror, en muerte. Las temperaturas son tan bajas que Tamara, para protegerse del miedo, prefiere no cargar un termómetro. Prefiere no saber. Para que los equipos de comunicación sobrevivan deben ser enterrados en los sacos de dormir, preferentemente adentro de la ropa. Las botellas de agua se congelan igual, sin importar dónde se guarden. Las extremidades crujen y el cuerpo, que tiritita, se aferra al escaso calor disponible.

Todo por el K2, una soberbia pirámide escarpada de roca negra y hielo que se levanta abruptamente en el glaciar Baltoro hasta los 8.611 metros de altura, más arriba que cualquier otra montaña de la cordillera del Karakórum. Cautivante y aterradora. Cementerio de eximios alpinistas. Símbolo de porfía. Hay tantas formas de verla como escaladores han triunfado o muerto en sus dominios. Por ser la más alta, la mayoría piensa automáticamente en el Everest como la montaña más desafiante, pero el K2 es mucho más difícil de escalar. Sus obstáculos técnicos y su verticalidad la hacen intratable para los aficionados; y los montañistas hablan de ella como la montaña de los verdaderos escaladores. En el libro *K2: vida y muerte en la montaña más peligrosa del mundo*, el reconocido alpinista estadounidense Ed Viesturs explica que, mientras la saga del Everest se ha tornado tediosa con los años (debido en parte a la masificación de las expediciones comerciales), la historia del K2 ofrece un interesante contraste al estar marcada por intensas y accidentadas campañas separadas entre sí por años de inactividad o por completos fracasos. Ejemplo es que, durante los intentos de escalada de 1987, 1988 y 1989, cincuenta y tres escaladores alcanzaron la cumbre del Everest, mientras que en el K2 ninguna persona fue capaz de llegar a la cima, a pesar de que quince expediciones —algunas incluían a los mejores escaladores de la época— lo intentaron en ese período.

Dejando de lado su superioridad técnica, el K2 es también considerado por los montañistas el ochomil más hermoso.

Reinhold Messner, el primer escalador en subir las catorce cumbres más altas del mundo sin usar oxígeno embotellado, dijo que solo un artista pudo haber creado semejante belleza. Ya sea por la simetría de su silueta, sus afiladas pendientes de hielo eterno o su puntiaguda cumbre que se recorta con el cielo, el K2 ha provocado una poderosa impresión en los escaladores.

Pero ¿el encanto permanece en invierno o la ferocidad desplaza a la belleza? No lo saben. Ni se lo preguntan. El tiempo se aprovecha en función de la sobrevivencia; el espacio para sentimientos y cavilaciones se atrofia.

Amanece, es 4 de febrero, el último día antes de partir a la cima. Suben menos escaladores, algunos han desistido por la crudeza del tiempo; otros han cambiado de parecer luego de recibir pronósticos que auguraban mal clima durante el día de cumbre; y otros tantos se vieron afectados por fuertes dolores estomacales. En el K2 invernal cada campamento que se alcanza es una suerte de cumbre en sí misma, ardua, esquiva. Llegar, por ejemplo, al segundo campamento, es digno de un libro. Dispuestos como refugios escalonados, cada vez más altos y precarios, los campamentos se parecen a los pisos de un rascacielos que acercan paulatinamente a una azotea que simboliza el fin.

La cumbre.

Parten subiendo tarde, aproximadamente a las once de la mañana, lo que no favorece que alcancen a llegar al cuarto campamento, algo que ambos desean. Tamara ve desde lejos a Mohr. Él no es de aquellos que desistieron. Se mueve como si ardiera fuego en su sangre. No detecta señales de duda, no escucha palabras de miedo. Si tuviera que comparar la actitud de Mohr, pensaría en la de un decidido guerrero que camina hacia una batalla sabiendo que está haciendo exactamente lo que el destino diseñó para él. Alguien comprometido y seguro. Alguien embarcado.

Ella no se siente así. Sus pares la ven como una guerrera, pero ella contempla dar media vuelta y alejarse del estruendo de la batalla. Quiere gritar, quiere volver. Las nubes acechan silenciosamente cubriendo el sol y han bajado aún más la sensación térmica. Tamara las observa con temor: sabe que, si se instalan definitivamente, la temperatura puede bajar veinte grados. Como Mohr no puede oírla, Tamara le escribe a través de su comunicador satelital que no se siente bien, que no sabe qué hacer. ¿Debería comenzar a bajar al campo base y olvidarse definitivamente de la cumbre? ¿Alcanzar a Mohr y despedirse de él? ¿O tragarse el sufrimiento y seguir clavando un pie delante del otro hasta llegar al tercer campamento? Solo ciento cincuenta metros la separan de él, pero en el K2 eso puede tardar hasta tres horas. Más arriba, ve que Mohr no está solo: parece estar cerca de Colin O’Brady, treinta y cuatro años, uno de los montañistas más fuertes y favoritos para alcanzar la cumbre. Lo ve inmóvil y no sabe por qué. ¿Pasó algo? ¿Qué espera?

Colin tampoco tiene claro qué hacer. Es audaz y obstinado en sus objetivos, aunque reacio a tomar riesgos innecesarios. Ha detenido su ascenso porque las cuerdas fijas han llegado a su fin, el viento golpea con más fuerza y la posibilidad de equivocar el camino le preocupa debido a las grietas que ve alrededor. Se sienta y busca la radio, tal vez hablando con alguien —piensa— se aclara la ruta. Pero no hay caso, porque sus dispositivos se congelaron. Son las dos de la tarde, la hora esperada para llegar al tercer campamento. ¿Debe seguir esperando, enfriándose cada vez más? ¿O buscar el camino por su cuenta a riesgo de caer en las profundidades de una grieta sin forma de pedir ayuda? Mientras Colin reflexiona, ve que alguien de traje amarillo se acerca por la pendiente. “Debe ser Ming Temba”, piensa, animado con la idea de recibir la ayuda de su sherpa. Pero no es él.

—¡Jeipi! —dice Colin al reconocer a Mohr. Lo recibe con un abrazo. La fragilidad y la soledad se debilitan con el reencuentro,

aunque el día se agota y el frío de la noche acecha. Antes de continuar, Mohr reconoce una molestia:

—Mis pies están muy helados... —dice, y seguido desconcierta a Colin con una propuesta:

—Tengo cuerda y unos cuantos tornillos de hielo. ¿Por qué no amarramos unas cuerdas y escalamos en estilo alpino?

—Olvidalo —responde el norteamericano.

Más abajo, muy lejos para ser escuchada, Tamara levanta sus decaídos brazos y forma una X en el aire. Quiere decirle a su compañero que tendrá que seguir sin ella. Colin capta el mensaje y le dice a Mohr que se dé media vuelta. “¿Por qué quiere bajar?”, se pregunta Mohr. ¿Se le cruza la idea de desistir, de bajar con su compañera hasta el campo base y esperar otra improbable ventana de buen tiempo? ¿Le preocupa que, en el estado en que se encuentra ella, debilitada por los vómitos y el malestar estomacal, no sea capaz de bajar sola?

Colin mira expectante mientras Mohr se acerca al final de las cuerdas fijas y dice:

—Voy a atar mi mochila. Tengo que bajar, ella tiene cosas que necesito.

—Hombre —lo interrumpe el norteamericano sin ocultar su sorpresa—, te vi subir esos cien metros y te tomó cuarenta y cinco minutos.

Es cierto: lo que nadie espera en el K2 es volver. Volver por un compañero, volver por un material que cayó, volver a encontrar la ruta correcta. Cada paso ganado es un costo que se paga con dolor y riesgo, por lo que repetir un camino bordea la imprudencia. Pero Mohr baja. En cinco minutos está frente a Tamara y le pregunta por qué quiere volver, como si la respuesta no estuviera al frente suyo.

—No me siento tan bien —responde ella—. No sé si es necesario que siga subiendo.

La verdad es que nunca en su vida se sintió tan débil, tan distanciada físicamente de su compañero de escalada. Y como

cualquier montañista profesional, Tamara ha sopesado su situación y toma la decisión que considera que la mantendrá viva. Todo ocurre rápido. Mohr saca un hornillo y un gas de su mochila y vuelve por donde vino, rápido, sin palabras, sin abrazos.

En la montaña siempre hacen falta las palabras. El debilitamiento es tan extremo que pensar es agotador y más aún verbalizar lo que se piensa. Un escalador tiene en mente una cosa: sobrevivir y alcanzar la cima.

Tamara ve en cámara lenta la partida de su compañero. El momento en que da media vuelta. El momento en que sube por la pendiente. El momento en que se aleja y otra vez ella está sola, rodeada de blancura, sin un hombro en el que apoyarse, sin una sombra a la cual seguir. “Por favor, da media vuelta”, piensa. “Deberías estar aquí; necesitamos estar juntos”. Lo sigue con la mirada, aferrada a su reciente presencia. Aún piensa que en cualquier momento va a girar y que bajará hasta ella.

Pero eso no ocurre.

La realidad la abofetea en la cara. Tendría que bajar, y bajar rápido, pero duda. En montañas de la envergadura del K2 muchos escaladores definen *a priori* qué hacer frente a cada posible situación. Qué hacer, por ejemplo, si se les agota la botella de oxígeno a determinada altura; o qué hacer si su compañero de escalada, a cincuenta metros de la cumbre, decide dar media vuelta. Las respuestas se memorizan y de ese modo no es necesario emplear esfuerzo mental y físico en resolver dilemas, menos en lugares donde la capacidad cognitiva se ve comprometida por la falta de oxígeno. Así y todo, nada ha preparado a Tamara para este momento. No sabe qué hacer. Su corazón está roto.

Cientos de metros más arriba, Mohr y Colin O’Brady escalan sin cuerda hacia el tercer campamento, el último que armarán antes de seguir a la cumbre. Se acerca la noche y deben llegar lo antes posible para protegerse de las temperaturas más bajas

que se han registrado esta temporada:  $-60^{\circ}\text{C}$ , la misma que se registra en promedio en el planeta Marte.

El tercer campamento, ubicado a 7.300 metros de altura, es decir, más alto que cualquier montaña fuera del Himalaya y el Karakórum, está en una pendiente de menor inclinación que permite instalar carpas sin el riesgo de que se caigan, un lugar casi cómodo para lo que se entiende por comodidad en el K2. En campamentos más estrechos, que colindan con cornisas y acantilados, los escaladores deben ir siempre amarrados a una cuerda, incluso cuando salen de la carpa para orinar, a modo de evitar el riesgo de precipitarse al vacío. No es el caso del tercer campamento. Los riesgos son las avalanchas y la ferocidad del viento, que destruye carpas o derechamente las manda a volar.

A las cinco de la tarde oscurece. El viento amaina. Mohr y Colin han escalado por más de siete horas y necesitan armar las carpas y echar sus cuerpos sobre las colchonetas para dormir lo más posible antes de partir a la cima. Lo que hagan en las próximas horas definirá gran parte de lo que sucederá al día siguiente. Si no descansan, si no alcanzan a derretir nieve, si no comen antes de partir, será improbable que tengan la fuerza para llegar a la cumbre. Sería como echar a andar un auto sin bencina.

Las carpas están armadas. Lo que hace poco parecía lejano ahora se ve más cerca. “Quizás lo vamos a lograr, quizás va a salir bien”, piensa Colin, súbitamente optimista. Mohr, impulsado por su afán de continuar a toda costa, seguramente piensa en los pasos a seguir: ¿con quién subirá a la cumbre ahora que se encuentra solo? ¿A quién conoce lo suficiente como para confiarle su vida? Si nadie sube, ¿subirá solo?

Decenas de metros más abajo, Tamara se acerca. Minutos atrás, luego de despedirse de Mohr y aceptar que había tomado una decisión definitiva, cruzó camino con su amigo Ali Sadpara, cuarenta y cinco años, el escalador más experimentado de la montaña.

—No... no —murmuró el escalador pakistaní al verla descender sola a poco de oscurecer —. ¿Qué haces bajando? Es muy lejos, es mejor que subas y en el campamento descansas y, si te sientes bien, todos vamos mañana a la cima.

Ali es criterioso. Lo que pensaba hacer Tamara era un descenso corto pero peligroso: a oscuras y a solas. La idea de verse atrapada en la oscuridad sin un amigo a su lado se tornó insoportable.

—Tienes razón: subo —dijo con un destello de alegría.

Tamara se acerca. El sol desaparece y su ritmo es más lento que el del resto. Ve el final de las cuerdas fijas y más adelante divisa a miembros de la expedición de Seven Summit Treks. La pendiente se aplana. Tiene frío, tanto, que se apodera de sus pies y avanza hacia el resto de su cuerpo como un virus. Mira el campamento, un puñado de carpas... y por fin la de su compañero. Abre el cierre de la entrada y asoma su cuerpo hacia adentro.

—¿Qué haces aquí?! —dice Mohr cuando, de improviso, Tamara abre el cierre de la carpa y asoma su cuerpo.

Ella responde:

—Quería estar contigo.



